

PRESENTACIÓN

Vigilancia, autocensura y arte en la era del panóptico digital

Surveillance, self-censorship and art in the age of the digital Panopticon

José Luis Lozano Jiménez (joseluislozano@ugr.es)

Profesor del Departamento de Pintura.

Facultad de Bellas Artes. Universidad de Granada

David Trujillo Ruiz (dtrujillo@umh.es)

Profesor del Departamento de Arte.

Facultad de Bellas Artes. Universidad Miguel Hernández

Vivimos en un tiempo marcado por una transformación radical en las formas de comunicación, control y subjetivación. Las tecnologías digitales no sólo han modificado los modos en que nos conectamos, trabajamos o compartimos, sino que también han reformulado los mecanismos de poder que atraviesan nuestra vida cotidiana. En este sentido, resulta ineludible reflexionar sobre la vigencia del modelo panóptico propuesto por Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII y reelaborado por Michel Foucault a mediados del XX, para comprender cómo el poder se infiltra hoy en nuestras interacciones más íntimas a través de dispositivos que prometen libertad, eficiencia y conectividad.

Bentham diseñó el Panóptico como una arquitectura de vigilancia total: una prisión en la que el recluso, observado desde una torre central sin saber cuándo está siendo visto, termina por interiorizar la mirada del vigilante. Esta asimetría perceptiva genera un efecto disciplinario profundo: “la vigilancia es permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción”, decía Foucault (1975, p. 219). Así, el Panóptico no necesita castigar para dis-

ciplinar: basta con instalar en el sujeto la posibilidad de ser observado para que este comience a regular su conducta de forma autónoma. Es decir, que se autocensure.

Este principio ha mutado, ampliado y complejizado en el siglo XXI. La expansión de las tecnologías de información y comunicación (TICs), la hiperconectividad móvil, los algoritmos de rastreo, el Internet de las Cosas (IoT), el reconocimiento facial o la inteligencia artificial configuran hoy una estructura panóptica distribuida, difusa, automatizada, muchas veces imperceptible, pero no menos efectiva. Lo que en el siglo XVIII era una torre visible desde el centro del recinto, hoy se presenta como un sistema en red que recopila datos, detecta patrones, anticipa comportamientos y prescribe acciones a través de interfaces amables, intuitivas y personalizadas.

Autores como Shoshana Zuboff (2019) han descrito este fenómeno bajo el concepto de capitalismo de la vigilancia, refiriéndose a una lógica económica basada en la extracción, análisis y comercialización de los datos personales. De modo similar, Byung-Chul Han (2014) ha advertido sobre una “sociedad de la transparencia” donde el exceso de exposición voluntaria deviene en un nuevo régimen de control que no reprime sino seduce. Ya no es necesaria la coacción física, basta con la autorregulación interiorizada, derivada de un entorno tecnológicamente mediado en el que la vigilancia se normaliza como parte del paisaje cotidiano.

En este contexto, el panoptismo digital se manifiesta en múltiples dimensiones: desde la omnipresencia de cámaras de vigilancia hasta la minería de datos realizada por redes sociales, desde las tecnologías de geolocalización hasta los asistentes de voz. Como mencionamos en el capítulo publicado en el libro *El retorno de lo nuevo. Arqueología de los medios y práctica artística* (Abada, 2022), “ las tecnologías actuales han heredado y sofisticado el modelo panóptico, integrándose de forma casi natural en la vida cotidiana”. Este nuevo Panóptico es ubicuo pero invisible; no necesita estar en el centro de la arquitectura porque habita los dispositivos móviles, los metadatos, los algoritmos de recomendación, las cookies persistentes o los asistentes inteligentes.

Una de las consecuencias más significativas de esta transformación es la autocensura. Si bien el usuario parece actuar libremente, la conciencia de estar siendo observado (o el simple desconocimiento sobre quién lo observa, cuándo y con qué propósito) conduce a una forma de inhibición espontánea. Se edita el mensaje, se evita el disenso, se duda antes de compartir una opinión. Como plantean los autores, “la vigilancia, intuida antes que vista, provoca no solo el control de nuestros actos, sino que, yendo más allá, controla nuestros pensamientos”. En palabras de Joan Fontcuberta, “la autocensura es la censura más eficaz de nuestro tiempo”.

En este escenario, el arte emerge como un territorio crucial de resistencia y reflexión. Numerosos artistas han tomado como materia prima las propias tecnologías de vigilancia para subvertir sus lógicas, visibilizar sus engranajes ocultos y provocar conciencia crítica. Desde los pioneros como Bruce Nauman y Julia Scher, hasta propuestas más recientes como X.pose de Xuedi Chen y Pedro Oliveira, el arte ha demostrado su potencial como contra-dispositivo, como espacio simbólico donde se invierten los vectores de la mirada: el espectador vigilado se vuelve vigilante de la vigilancia.

El presente monográfico propone una mirada transversal y multidisciplinar a estas problemáticas, entendiendo que el debate sobre la vigilancia digital no puede limitarse a los marcos técnicos o jurídicos, sino que requiere una reflexión estética, política y ética profunda. Invitamos a pensar, desde el arte y el pensamiento crítico, las mutaciones del poder en la era del *big data*; a explorar los vínculos entre vigilancia, subjetividad y producción cultural; a identificar formas de resistencia, sabotaje o re-apropiación; a interrogar los límites de la privacidad, la libertad de expresión y la autonomía en el ecosistema digital contemporáneo.

Entre los ejes propuestos se encuentran cuestiones como el impacto de la vigilancia en la libertad de expresión, la representación estética del control social, la función del arte en tiempos de hipervisibilidad, el papel del IoT en la vigilancia cotidiana, la influencia de la recopilación masiva de datos en las prácticas culturales o los desafíos éticos que plantea el uso de inteligencia artificial en la seguridad y la predicción de conductas.

Este número se inscribe, en definitiva, en una genealogía de pensamiento que reconoce en el modelo panóptico no una estructura estática del pasado, sino un principio activo que se reconfigura en cada época, adaptándose a sus tecnologías y modelos de poder. Hoy, en plena era de la computación ubicua y la vigilancia algorítmica, resulta urgente volver a preguntarnos: ¿quién nos observa?, ¿qué se hace con nuestros datos?, ¿cómo incide ese saber sobre nuestras vidas?, y sobre todo, ¿cómo respondemos desde la creación, el pensamiento y la acción colectiva?